

María José García siempre anda corriendo. Atrasada a cada lugar que va, llega jadeando y casi sin aire a sus citas y compromisos. Con sus bolsos colgando de un hombro y sus tacones sonando a cada paso, hace notar que su atraso no es intencional y que, si pudiera, atrasaría el reloj 15 minutos para evitar el bochorno de las disculpas que, dato aparte, intercambia por un saludo bonachón que de paso hace que todos olviden su impuntualidad.

Tras sus lentes de carey se esconde una cara con mucho sueño y *lata*. Bajo su ropa fosforescente y sus zapatillas sicodélicas un *laptop* y mucha más *lata*. Hiperkinético y desordenado como su pelo siempre trata de *pasar piola* en cuanto lugar se para. Es raro, por decir poco, que intente *pasar piola* usando esos colores y llevando la diferencia, *su diferencia*, bajo el brazo. Quizá ni el mismo lo crea, pero no *pasa piola*, menos en un curso de periodismo.

En cada sílaba la sofisticación aflora como distintivo. A veces, con el ceño fruncido y el concepto rebuscado, enarbola una estrategia que lo haga vencedor y sabio en cualquier enfrentamiento verbal. Sus lentes reflejan la competitividad que lleva en los huesos y el pelo corto y recortado, su pasado militar. Cuando llega tarde es con excusa y tras sus pasos el silencio es la mejor opción. Nunca queda mal con nadie, pero tampoco peor que alguien.